

Literatura y Medicina

Dr. Fernando Cano Valle, Facultad de Medicina, UNAM.

Tagore nos describe que en los días en que el hambre reinaba en Shrivasti, nuestro señor Buda preguntó a los que le seguían: “-¿Quién de vosotros daría de comer a los hambrientos?”

Ratnakar, el banquero, bajó la frente y dijo: “-¿Qué son mis riquezas para poder dar de comer a tanta gente?”

Jaysen, el jefe del ejército del Rey, dijo: “-Les daría con gusto la sangre de mis venas, porque lo que es comida no hay en mi casa”.

Dharmapal, el dueño de largas tierras, suspiró y dijo: “¡Este demonio de la sequía ha chupado mis campos hasta arrugarlos! ¡No sé cómo me las voy a arreglar para pagar al Rey el tributo!...”

Entonces se levantó Supriya, la hija del mendigo, saludó a todos y dijo humildemente: “...Yo daré de comer a los hambrientos”.

“-¿Estás loca?- exclamaron todos asombrados-. “¿Tú crees que podrás cumplir tu promesa?”

“-¡Como soy más pobre que nadie -contestó Supriya-, soy poderosa. Porque mi arca y mis manjares están en vuestras casas!”.

Me atrevo a escribir estas líneas porque mi arca y mis manjares están en vuestros talentos, en los literatos que hoy y mañana nos enriquecerán.

Federico Ortiz Quezada, es médico, -notable-; es escritor, -leído-; es universitario y como eso cuestiona, critica, propone, busca. En este caso sobre la literatura y la medicina.

La Medicina Mexicana, es así Medicina Mexicana sin más. Ha luchado y continúa haciéndolo para obtener el reconocimiento de la sociedad mexicana. Medicina con una determinada historia, Medicina con multitud de aportaciones y hechos relevantes, Medicina que se cimbra en sólidas raíces, profundas, que le dan una determinada expresión cultural.

Medicina que se desentendió de la “línea histórica de los gestos europeos”. Medicina que ha hecho patente su esfuerzo por basar su futuro en la misma actitud reflexiva de nuestros filósofos, de nuestro literatos que han expresado la esencia del ser del mexicano.

Entendido esto por Zea, como el más firme intento por captar lo que puede ser propio del mexicano para colocarlo dentro de su situación como hombre, sin más. Es cierto, el hombre no es algo hecho, sino algo que va haciéndose, el médico es un hombre que sabe de sus limitaciones, intenta comprender los puntos de vista de otros hombres inteligentes para ampliar los propios, eso lo va haciendo médico.

La Medicina Mexicana ha comprendido el punto de vista de nuestros artistas, nuestros literatos, nuestros filósofos, aquellos que les ha correspondido mostrar cuáles son los problemas que México debe resolver y a quién le toca ofrecer las soluciones; que, de acuerdo con caso, los idealistas de México son los que se empeñan en la solución de México.

Hoy nuestros escritores científicos escriben como otros para ser leídos, escriben a colegas de las mismas disciplinas y especializan cada vez más su pensamiento y obra, patrones establecidos cancelan el estilo, la recreación, la vida que debe proyectar el libro.

En estas líneas exaltaremos al hombre sí, pero aquel que tenga en la mano un libro.

El libro ¡casi increíble creación de nuestro tiempo!

El hombre, no contento con vivir, profundiza en el pensamiento de esa vida suya. La describe, la reduce a leyes, las interpreta, investiga sus secretos, y sus fundamentos y aún, insatisfecho de todo ello, a través del libro, la recrea y forja otras vidas y otros mundos imaginarios.

En esta faena, tan profunda como inexplicable, luego de emitir su pensamiento en la laboriosa tarea de comunicarlo a los hombres por todos los medios posibles, siempre temeroso de que ese precioso pensamiento suyo -en el que en algún momento confía que habrá de ayudar a los hombres a orientarse en el mundo- se pierda, sospechando de antemano quizá que sus posibles receptores e intérpretes estén más ocupados en sus propios asuntos que en sus reflexiones. En este momento, enfrentando a los más plurales y desmesurados celos, se impulsa a una operación que poco a poco le va siendo indispensable, ansiar la fijación y la proyección de sus reflexiones al proceder a consignar su pensamiento en un libro.

Un libro por sí mismo responde a una creación humana, intelectual. En su más pura esencia, no está sino nacido de la sola inteligencia del hombre y de su pensamiento, sólo como respuesta a su más íntima y decisiva creación.

¿Qué mueve a un médico, profesionista, científico o investigador a escribir? A partir del proceso inicial de su escritura se da a la tarea de acompañar los infinitos pasos intermediarios del más complejo proceso de creación de una obra, aún aquí ¿Cuántas maneras de relación existen entre nosotros y los libros?

Sabemos todos la gran variedad que este binomio representa y como en todos los casos semejantes, es tan extensa como tantos libros y lectores existen. Primero aquellos destinados absolutamente a leerse: las novelas, poesía, cuentos, ensayos; luego los destinados a leerse alguna vez

y para los que se tienen siempre magníficas intenciones, aunque no siempre ajenas también a problemas que logran distraer dicha intención; después aquellos que resultan necesario como obras de consulta en nuestra profesión. A través de un libro el lector encontrará la intimidad de los pensamientos más ilustres, cuyos dueños han quedado en la sombra de los siglos, y recoge de ellos un enardecido sueño, hasta la recopilación de la experiencia más liberal de la que el lector quiera servirse.

Al buscar una respuesta concreta sobre la percepción que el médico tiene de la vida misma, cuando acompaña en sus múltiples experiencias las alegrías y el dolor más profundo de sus pacientes, cuando las experiencias gratas y los sinsabores de su profesión alimentan su sensibilidad y surgen en él los irrefrenables deseos de transmitirlo; elige entonces la pluma y el papel como el callado y sincero receptor del proceso de creación y recreación de la vida misma. -Aun cuando el tema sea la muerte-.

Aprehender sentimientos, emociones, realidades y transformarlas en obra literaria, que como en el caso de Mariano Azuela, trasciende su tiempo y comparte sus vivencias con las nuevas generaciones, como retrato vivo de una sociedad en lucha que exigía justicia y equidad, queda su obra no sólo como un valor literario, sino también como un testimonio histórico.

O como el Dr. Rubén Vasconcelos, talento fulgurante que explica en lenguaje llano algunas realidades de la medicina, aunados a los mecanismos esenciales de la vida, la enfermedad y la muerte. Al penetrar la estrecha puerta a cuyo través puede el hombre llegar al ámbito en donde encuentra respuesta a sus viejas preguntas: ¿Cuál es mi ser? ¿Por qué estoy? ¿Por qué desaparezco?

Como olvidarse también de los que se han dedicado a la tarea de examinar la evolución de las ideas médicas desde sus orígenes probables o posibles y la forma como se ha ido creando el actual bagaje científico y técnico, creando para ello instrumentos o medios de difusión como es el caso del Dr. Salvador Bartolache y la primera Revista Médica en América, el inolvidable "Mercurio Volante".

En este movimiento de nuestros médicos literatos el fenómeno es universal y surgen nombres como el de Pio Baroja, Elías Nandino, Santiago Ramón y Cajal, hombres con autoridad en su disciplina, especialistas de la inteligencia, en cuya conjunción encontramos el éxito de la difusión de la cultura y la labor creadora donde quehacer artístico y ciencia van de la mano.

Obligado nos resulta preguntarnos de inmediato ¿Qué efecto ha tenido la relación de Literatura y Medicina?

¿Qué impacto produce en la Cultura de una Nación?
¿Qué estímulo ha significado en el espíritu de las nuevas generaciones?

“Nada es más difícil que valorar un esfuerzo cultural en función de sus resultados y no sé de nadie que pueda, con verdad, definir lo que vale una idea sembrada en el cerebro de un joven”, mencionó el Dr. Ignacio Chávez en cuya obra se avivan las reflexiones sobre la vida y la muerte a través de su poesía.

La incursión del médico en el quehacer literario, le

requiere el darse tiempo para cuajar un personaje, atesorar ideas y frases, vivir para los libros y afirmar la energía de lo escrito, sin dejar de lado la convicción en el ejercicio de su profesión y bien vale el riesgo de enfrentar la crítica, en esa espiral de crecimiento que da el juicio más enardecido o la indiferencia del lector, ante la inenarrable emoción que otorga al escritor su lealtad a la literatura como forma de vida, cuya recompensa es la obra misma.

Literatura y Medicina convergen en el médico humanista y pensador en la reiteración constante de su vocación.